







Índice

Lα Sirenitα: La Perla de la sabiduría	4
Lα Bellα Durmiente: Aurora al rescate	22
Lα Bellα y lα Bestia: Bella y el invento extraordinario	40
Blancanieves y los siete enanitos: El pozo de los deseos	58
Cenicientα: El baño de Lucifer	76
Alαddín: Una princesa digna de ese nombre	94

















La Perla de la sabiduría



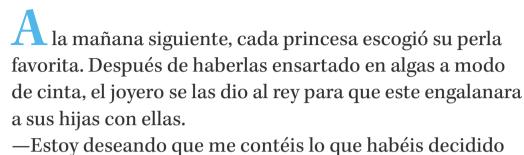


Aquella noche, Ariel y sus hermanas estaban más animadas y nerviosas que de costumbre. La ceremonia de la Perla de la sabiduría iba a tener lugar al día siguiente, y durante la misma el rey Tritón daría a cada una de sus hijas una responsabilidad oficial. En esa solemne ocasión, las princesas elegirían una perla entre los tesoros de la Sala de las Perlas y, al caer la noche, anunciarían lo que habían decidido aportar al reino de Atlántica.





Tengo que decidirlo antes de que llegue mañana.



—Estoy deseando que me contéis lo que habéis decidido hacer por nuestro reino —dijo el rey, abrazando a sus hijas de forma afectuosa una por una—. Entre tanto, que estas perlas os recuerden siempre vuestras responsabilidades para con el reino de Atlántica.





Tras la ceremonia, Ariel nadó hasta su gruta para pensar tranquilamente qué podía proponer ella. Contemplar su colección de tesoros le hacía feliz. ¡Le gustaban tanto todos esos objetos del mundo de los humanos! Y, gracias a su amigo Scuttle, sabía exactamente para qué servía cada uno y cuál era su historia.

—¡Me alegra
mucho que te
hayan ofrecido esta
oportunidad tan
especial! —comentó
Flounder, complacido.
Pero Ariel apenas lo
escuchaba; acababa
de descubrir un objeto
desconocido, medio enterrado,
y estaba entusiasmada.
—: Qué será esto? *

—¿Qué será esto? ¡Tenemos que enseñárselo a Scuttle! —dijo,

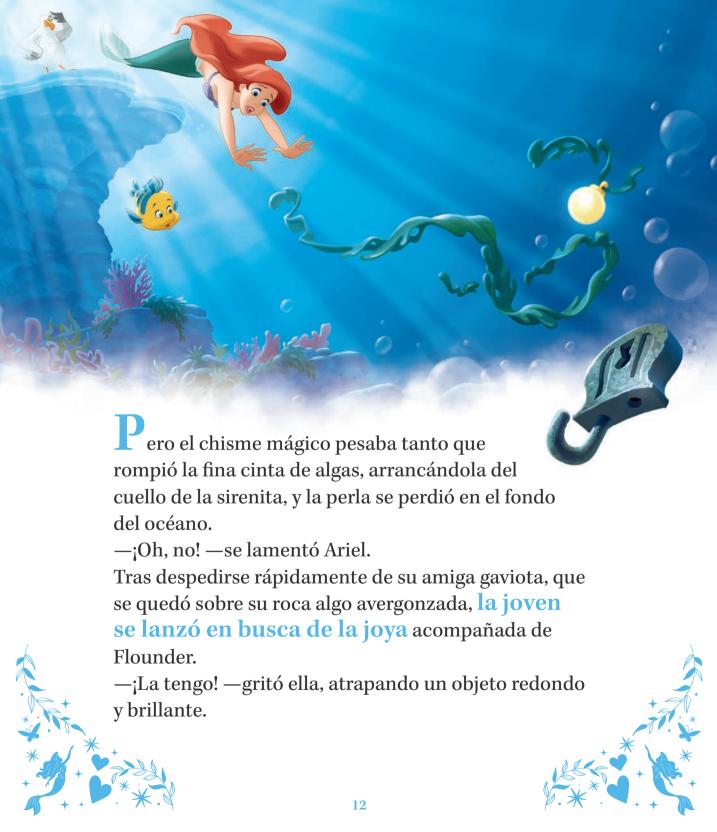
sacando su hallazgo de la arena.

—¡Ariel! Tal vez no sea el momento adecuado para salir a la superficie del océano —se preocupó Flounder.

> —¡Venga, no seas tan gruñón! ¿Qué me va a pasar?

Unos instantes después, Scuttle examinaba el objeto.
—Mmm... No es un monóculo, no se ve nada a través de él. Ah, ya lo tengo: ¡es un chisme mágico! —exclamó la gaviota—. ¡Y se lleva así! —añadió, mientras enganchaba el objeto en el colgante de Ariel.









No obstante, antes de que pudieran hacer nada, la estrella de mar lanzó la perla muy lejos sin siquiera abrir los ojos. Paralizados, los dos amigos siguieron con la mirada la preciada joya que, tras surcar las aguas azules, acabó cayendo sobre uno de los tentáculos de un pulpo que pasaba por allí.

—¡Eh, usted, espere un momento! —le gritó Ariel al pulpo.

Seguida por Flounder, la sirenita nadó a toda velocidad hacia la apacible criatura. El pulpo se alegró tanto de ver a Ariel que empezó a agitar sus ocho brazos en todas direcciones. Y, claro, la perla cayó rodando por el tentáculo, rebotó en una planta y desapareció. Presas del pánico, Ariel y Flounder empezaron a buscarla mientras el pulpo, ajeno a lo que pasaba, seguía su camino con una gran sonrisa.





—¡Ay, Flounder! ¡Esta vez sí que he perdido mi perla! ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a explicárselo a mi padre? —se lamentó Ariel, que siguió buscando durante horas entre la arena y las algas.

Ni ella ni Flounder se habían percatado de la presencia de Sebastián.

—¡Os he buscado por todas partes! —exclamó el cangrejo con cara de fastidio, antes de aterrizar sobre una roca.







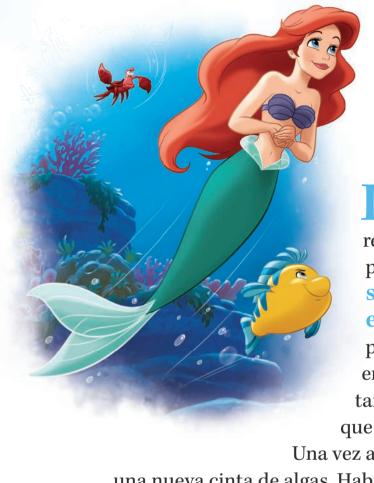
Ariel se dio la vuelta y se quedó atónita; no podía creer lo que veían sus ojos: ¡la perla resplandecía sobre la espalda de Sebastián!

- —¡Jovencita, debes volver a palacio inmediatamente!
- —prosiguió Sebastián, sin saber que llevaba encima la joya.

-¡Como quieras, Sebastián!

—le dijo Ariel con una sonrisa. Y, después de recuperar discretamente la perla, le dio un beso al cangrejo, que enrojeció de vergüenza.



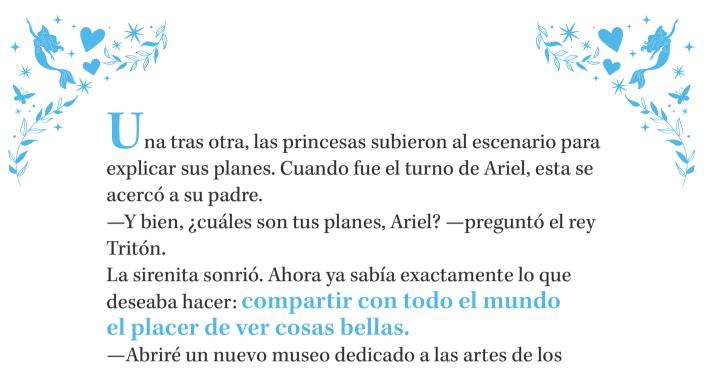




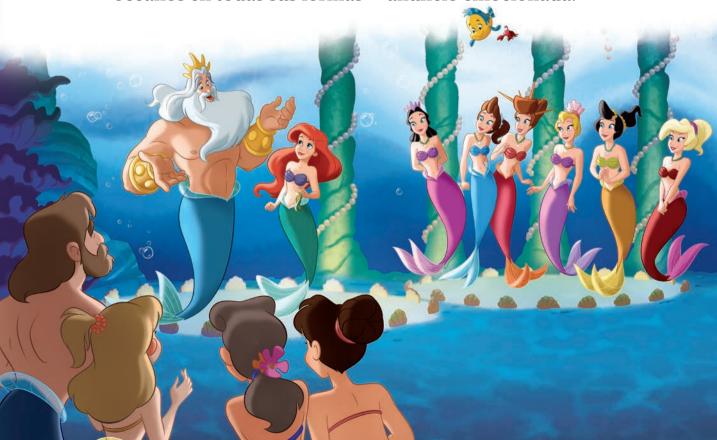
Una vez allí, Ariel le pidió al joyero una nueva cinta de algas. Había que apresurarse, la ceremonia estaba a punto de comenzar.

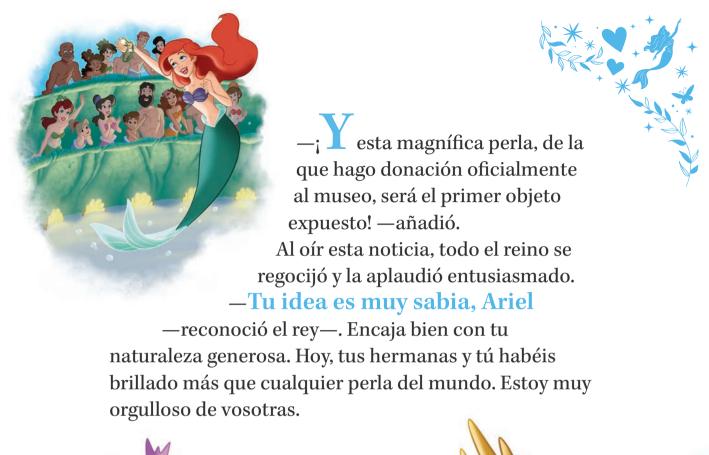




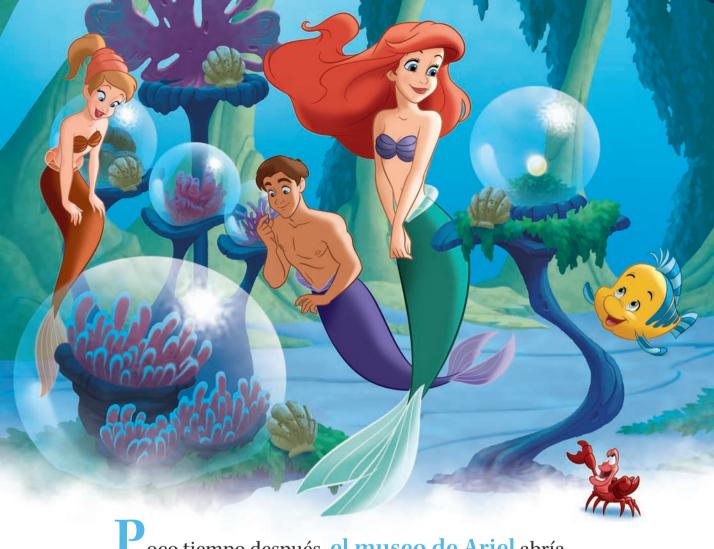


océanos en todas sus formas —anunció emocionada.









Poco tiempo después, el museo de Ariel abría sus puertas para recibir a los visitantes. El día de la inauguración, la sirenita estaba muy contenta de poder mostrar a todos los habitantes de Atlántica parte de la increíble belleza del mundo submarino. Y, sin ninguna duda, ¡su perla era la joya por excelencia de la espléndida colección!